

La formación inicial de Pedro Henríquez Ureña en República Dominicana (1884-1901)

Pedro Henríquez Ureña: His Early Years
in the Dominican Republic (1884-1901)

Daniel Mendoza Bolaños

*Departamento de Investigaciones Educativas,
Centro de Investigación y de Estudios Avanzados,
Instituto Politécnico Nacional
damebo07@hotmail.com*

Resumen

Este artículo describe la etapa menos conocida en la vida de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), uno de los humanistas latinoamericanos más importantes del siglo xx. Describe los primeros pasos de este intelectual en la literatura, sus lecturas infantiles, escritos inaugurales y el influjo que tuvo en su formación el ambiente cultural y educativo de República Dominicana de finales del siglo xix. Asimismo, incursiona en la vida familiar y el ideario pedagógico de Salomé Ureña y Francisco Henríquez, padres de Pedro, quienes formaban parte del sector ilustrado dominicano que contribuyó al desarrollo nacional con su labor educativa y literaria. Pedro Henríquez Ureña creció acompañado de esta élite y fue influido por la búsqueda de la identidad cultural dominicana, que tuvo sus fundamentos en la reforma educativa propuesta por Eugenio María de Hostos.

Palabras clave: Pedro Henríquez Ureña, formación, infancia, Santo Domingo, Hostos.

Abstract

This article describes the stage less known of the life of Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), one of the most important Latin American humanists of the twentieth century. It describes his first steps in literature, his childhood readings, his early writings, and the influence of the late-nineteenth century cultural and educational environment of the Dominican Republic on his formation. It also explores the family life and pedagogical ideology of Salomé Ureña and Francisco Henríquez, his parents, who were part of the Dominican enlightened sector that contributed to the national development with

their educational and literary work. Pedro Henríquez Ureña grew up in the company of this elite and was influenced by the search of a Dominican cultural identity, which had its foundations in the educational reform of Eugenio María de Hostos.

Keywords: *Pedro Henríquez Ureña, formation, childhood, Santo Domingo, Hostos.*

Introducción

La figura intelectual, literaria y educativa del dominicano Pedro Henríquez Ureña ha sido reconocida de manera reciente por diferentes gobiernos. En su país se instituyó en 2013 el Premio Internacional Pedro Henríquez Ureña a la productividad literaria, la crítica y la creación de pensamiento de toda una vida. El año siguiente, en México se instauró el Premio Internacional de Ensayo "Pedro Henríquez Ureña", convocado por la Academia Mexicana de la Lengua. Los estudios sobre su vida y su obra iniciaron apenas pocos años después de su muerte, ocurrida en 1946, entre ellos destacan las compilaciones parciales de sus textos hechos por Emilio Rodríguez Demorizi (*Poesías juveniles*, 1949) y Susana Sperati (*Obra crítica*, 1960). Uno de sus primeros exégetas, Alfredo Roggiano, realizó un seguimiento de las actividades de Henríquez Ureña en sus estancias en Estados Unidos y México; en Sudamérica, Pedro Luis Barcia escribió *Pedro Henríquez Ureña y la Argentina*. Hasta ahora hay tres intentos por reunir su obra completa (1976-1980, 2003-2004 y 2013-2015). Al coro de estudiosos sobre el dominicano, se han sumado Adolfo Castañón, Susana Quintanilla, Bernardo Vega, Soledad Álvarez y Enrique Krauze, entre otros.

Sin embargo, hasta hoy no se ha realizado un estudio detallado sobre los primeros años de vida de Pedro Henríquez Ureña. Esta etapa formativa en República Dominicana es fundamental para comprender las circunstancias que lo enfilaron al camino intelectual, así como para conocer las aptitudes particulares y la tendencia que mostró para propiciar lo que diversos autores señalan como precocidad en el conocimiento respecto de los niños de su edad. En este trabajo se pretende argumentar cuáles fueron los sucesos determinantes que lo inclinaron a decidir su vocación por el estudio de las letras. Para ello se recurrirá al análisis de algunas fuentes que habían sido tradicionalmente despreciadas hasta hace poco tiempo —como las biografías, autobiografías, memorias, epistolarios y diarios, conocidos como "egodocumentos"¹, entre otros—, los cuales remiten al mundo de lo privado (Quintanilla, 1991: 90). A través del

¹ Según Winfried Schulze (2005: 111), puede entenderse como egodocumentos a una línea de investigación, en su mayor parte europea, "sobre las fuentes que hacen referencia a la imagen que dan de sí mismos los seres humanos, en la que predominan ante todo los textos autobiográficos", con los que se puede indagar en la biografía de una persona.

estudio de la infancia y la juventud de Henríquez Ureña se busca conocer también sus orígenes, su entorno, sus primeras experiencias y aprendizajes.² Este análisis permitirá dimensionar la influencia familiar y cómo se relacionó con las personas, sobre todo mayores que él. Para efectos de contexto, este estudio se apoyará en el tiempo cultural, que marca el calendario oficial de una determinada sociedad y que permite ubicar sucesos clave en la historia de un país o de una institución, los cuales son de gran utilidad para el estudio de la formación de los individuos que hayan sido afectados por esos hechos (Le Goff, citado en Bazant, 2013: 19).

Este trabajo busca contribuir con los estudios de formación de intelectuales en Hispanoamérica a finales del siglo XIX y principios del XX, mediante los cuales es posible detectar procesos sociales, educativos y culturales que afectaron a la región entera. Un ejemplo de ello es lo que Gutiérrez Girardot señala como la "profesionalización" del hombre de letras, a raíz del progreso, como un fenómeno de la vida literaria perceptible entre 1890 y 1920, resultado del adelanto que trajo consigo la paz y el liberalismo. Para este autor:

la configuración (o formación) del "escritor" es el presupuesto de que haya "literatura". El "escritor" es, consecuentemente, el objeto primario de cualquier interpretación social de la literatura [...]. Si la sociología empírica ha renunciado hasta ahora a examinar la formación del "escritor", ello se debe a su interés científico, que excluye todo proceso histórico (Gutiérrez, 1990: 14).³

La historia de la educación no se comprende en su totalidad si se aísla de los sucesos que determinan los rumbos que toman las naciones, las instituciones y los individuos, colectiva o individualmente. Por ello, este artículo, al inscribirse en la línea de investigación de la historia de los intelectuales, se inserta también en la historia de la educación, de manera particular en la que muestra los procesos educativos, familiares, sociales y políticos que contribuyen a saber cómo se llega a ser lo que se es, de acuerdo con lo que señala Friedrich Nietzsche en su autobiografía, *Ecce homo*.

² Este tipo de estudios fue propuesto por Susana Quintanilla para salir del debate que enfrentaba a la concepción de que el medio influía sobre los individuos, contra aquel que reducía las características de éstos a las condiciones materiales de su existencia. La investigadora sugiere hacer una reconstrucción histórica de los orígenes, primeras experiencias y aprendizajes, así como estudiar las escuelas por las que pasaron los sujetos y aquellas instancias no institucionales que intervinieron en su formación. Este viaje por las genealogías, la rutina familiar, la infancia, los salones de clase, el ambiente estudiantil y la bohemia citadina, permite adentrarse, además, en la vida social de la época que se estudie (Quintanilla, 1991: 89; 1999: 151).

³ Respecto del término "hombre de letras", Gutiérrez Girardot se refiere al aficionado a las letras, que si en el siglo XIX no se profesionalizaba, ejercía su vocación literaria con intención política en el sentido más amplio. La función y acción públicas, así como la regularidad de su actividad, "constituyen un paso previo para la "profesionalización" del hombre de letras: es el "escritor". Y la primera culminación de ese proceso es el del escritor cuya acción no es política-pública en el sentido de político, sino pública y política como escritor: es el intelectual" (Gutiérrez, 1990: 20).

La educación en República Dominicana en la década de 1880

El 29 de junio de 1884 nació el segundo hijo de la pareja dominicana conformada por la poetisa María Salomé Ureña y Francisco Henríquez y Carvajal. El niño fue registrado y bautizado con los nombres de Nicolás Federico. Según consta en las actas civil y religiosa, ambas del 27 de noviembre de 1884, el nombre de Pedro no se inscribe en ellas. Sin embargo, éste le fue impuesto por el santoral del día de su nacimiento, de acuerdo con la tradición católica.

En las primeras cartas de su epistolario, sus padres se refieren a él como "Pibín". Es hasta el 28 de junio de 1888 cuando Francisco Henríquez escribe a su esposa el nombre con el que su hijo trascendería en la historia cultural hispanoamericana: "mañana es el cumpleaños de Pibín, el gran Pedro Nicolás Federico" (Familia Henríquez Ureña, 1996, t. I: 94). Antes de cumplir los seis meses de edad, el infante tuvo un ataque de difteria. Mientras descansaba en los brazos del sacerdote Fernando Arturo de Meriño, la madre rogaba a Dios de rodillas en la iglesia. El doctor Juan Francisco Alfonseca le solicitó unos minutos para la ciencia y cargó al niño; algunas horas después la enfermedad cedió y Pedro sobrevivió (Rodríguez, 1984: 18). Salomé Ureña escribió entonces el poema "Horas de angustia", en el que refleja los sentimientos y el desconcierto por ver sufrir a su hijo, así como el dilema de apelar a la fe y a la ciencia para buscar una cura.

El catolicismo era parte fundamental de la sociedad dominicana de finales del siglo XIX. Su profunda influencia sometía a los sectores político, social y económico a una organización colectiva y a la totalidad de convicciones y creencias que eran recomendables por ser testimonio de la fe católica (Hoetnik, 1971: 206). Salomé Ureña, nacida el 21 de octubre de 1850, había sido educada en esa tradición religiosa. Su familia era originaria de la isla de Santo Domingo. Fue hija del poeta, periodista, abogado y político Nicolás Ureña de Mendoza, y de Gregoria Díaz y León, maestra y aficionada a la poesía (Rodríguez, 1984: 3-6).

Salomé Ureña fue una niña precoz en el aprendizaje: a los cuatro años de edad leía de corrido. Sus padres se divorciaron cuando ella aún no cumplía tres años de edad. Su educación se completó en dos escuelas de primeras letras, únicas que se permitían entonces a las mujeres y en las que se les enseñaba el catecismo. Su infancia y juventud estuvo inmersa en la fe cristiana. Todas las mañanas iba a misa con su madre y con su hermana Ramona. Salomé se inclinó por la literatura, gracias a que su padre le dio lecciones de letras, aritmética y botánica, y la inició en la declamación de versos. Sus primeras lecturas fueron de clásicos españoles, aunque conoció también la literatura inglesa y la francesa, esta última en su propia lengua (Rodríguez, 1984: 5-7). A los dieciséis años de edad, con el seudónimo Herminia, la joven poetisa se dio a conocer en el medio literario con unos poemas dedicados a la patria. Pronto se le consideró parte del grupo que dio unidad y carácter a la literatura dominicana.

Los fundamentos religiosos de Salomé Ureña no impidieron que se relacionara con Francisco Henríquez y Carvajal, que era miembro de la Sociedad Amigos del País, cuyo objeto era ilustrar fuera del ámbito escolar, con base en la razón y la ciencia, así como propiciar el desarrollo intelectual de sus afiliados (Inoa, 2010: 281).⁴ Francisco Henríquez nació en Santo Domingo en enero de 1859, en el seno de una familia que tenía antecedentes foráneos y que comenzaba a destacar en las letras, la docencia y el periodismo. Sus padres fueron Noel Henríquez y Altías, originario de Curazao, y Clotilde Carvajal Fernández, hija de cubano y dominicana.

Francisco Henríquez fue el menor de once hermanos y aprendió a hablar tardíamente, a los cuatro años de edad. Las primeras letras las obtuvo en una escuela rudimentaria de la capital dominicana. En 1873 ingresó al Seminario Conciliar para estudiar Filosofía y en 1876 asumió la presidencia de la Sociedad Amigos del País, que se reorganizó para convertirse en un centro de estudios y cultura literaria. A los 17 años de edad, Henríquez y Carvajal comenzó a figurar en la pléyade juvenil que animaba las actividades culturales y educativas en Santo Domingo. Cuando organizaba una serie de conferencias literarias, en junio de 1877, conoció a Salomé Ureña y la invitó a participar en las reuniones. La poetisa era parte de la clase ilustrada, aunque no se consideraba provista de los atributos que constituyen una autoridad intelectual. Francisco Henríquez, quien no se reputaba aún como literato, sino como un estudiante y amante del saber, se acercó a Ureña, quien era nueve años mayor que él. Desde que se conocieron buscaron cimentar su relación en un lenguaje sencillo y claro, para decirse palabras que no dejaran rastros de vanidad derivados de sus conocimientos (Familia Henríquez Ureña, 1996, t. I: 5).

La formación de Salomé Ureña y Francisco Henríquez estuvo enmarcada por la inestabilidad política posterior a la salida de los españoles de la isla en 1865, situación que se prolongó hasta la llegada de los liberales a la presidencia en 1879. En este periodo de catorce años hubo luchas continuas entre los diferentes partidos políticos y se dio también un renacimiento cultural en que el periodismo, las sociedades culturales y las escuelas públicas y privadas parecían rejuvenecer bajo la convicción de que a través de la educación el país podría forjarse una identidad propia e incorporarse a la cultura contemporánea del mundo occidental (Henríquez Ureña, 2015: 55). A finales de la década de 1870, el presidente Cesáreo Guillermo inició una reforma educativa que tuvo continuidad con Gregorio Luperón y Fernando Arturo de Meriño. En esa época, la cultura y la educación nacionales se beneficiaron también por el arribo a Santo Domingo de emigrantes procedentes de Cuba y Puerto Rico.

En este periodo llegó el maestro Román Baldorioty, puertorriqueño egresado de la Universidad Central de Madrid, que dio una orientación científica a la educación dominicana,

⁴ La Sociedad Amigos del País fue fundada en República Dominicana en 1846, bajo el modelo de las sociedades económicas creadas con el mismo nombre en España a mediados del siglo XVIII.

complementada con la tradición escolástica y los cursos tradicionales de materias humanísticas (Henríquez y Carvajal, 1970: 44-45). Bajo su guía se formó un grupo de jóvenes, entre los que destacó Francisco Henríquez, que asistía a su domicilio para tomar clases particulares de Ciencias Naturales. En la Sociedad Amigos del País, Baldorioty se hizo cargo de algunas clases de ciencias a partir de marzo de 1878. En esos días se estrenó como profesor Francisco Henríquez con los cursos de Literatura e Historia Antigua, que impartió junto con su amigo José Pantaleón Castillo en la biblioteca de la asociación.

Durante los primeros meses de su relación, Salomé Ureña aceptó que Francisco Henríquez y Carvajal la encaminara al estudio de las matemáticas y las ciencias. Si bien la poetisa tenía una fama basada en sus composiciones, adolecía de la ilustración que tiene sus fundamentos en las ciencias, y de ellas no era posible prescindir si aspiraba a ser realmente una literata, según la opinión de Henríquez y Carvajal. Para contribuir al progreso intelectual de Ureña, el joven le escribió el primer día de 1878 una carta con un plan de estudios y de vida que debía seguir en su compañía para completar su cultura científica y literaria (Henríquez Ureña, 2016: 18).

Baldorioty salió de Santo Domingo en 1878, pero dejó un importante legado educativo, principalmente en dos de sus discípulos más avanzados: José Pantaleón y Francisco Henríquez, quienes, a finales de 1879, fundaron la Escuela Preparatoria, un centro de estudios primarios que tenía la intención de preparar a los aspirantes para ingresar a la Escuela Normal, institución cuyo decreto fue la primera disposición legal que consideró una dependencia especializada en la formación de maestros de escuelas y profesores de segunda enseñanza en un país en el que predominaba el uso de la memoria para aprender y se usaban los métodos empíricos y rutinarios (González, 2004: 11). Para combatir las prácticas pedagógicas anteriores, los directores de la preparatoria establecieron cursos prácticos y teóricos (Henríquez Ureña, 2016: 21-22).

Esta etapa de la historia de República Dominicana estuvo marcada por las luchas internas por el poder —tan sólo en la década de los setenta hubo doce presidentes—. Con la llegada de Gregorio Luperón a la presidencia en 1879, inició la educación moderna en la isla. Su principal impulsor fue el educador y filósofo puertorriqueño Eugenio María de Hostos, que contó con el apoyo de una generación que confiaba en el beneficio que la instrucción produce en las naciones para alcanzar el progreso. El maestro caribeño creía que una de las tareas principales de la sociedad era civilizarse, y su vehículo natural era la educación. Los conceptos de civilización y barbarie fueron usados con frecuencia en esa época en Latinoamérica para justificar los intentos civilizadores que se fundamentaron en el positivismo para señalar el pasado colonial y las diferencias socioeconómicas para emprender reformas como la iniciada por Hostos en la enseñanza dominicana (Guadarrama, 2004: 229).⁵

⁵ El positivismo tuvo un sentido de corte progresista para la mayoría de las naciones latinoamericanas a partir de los años ochenta del siglo XIX (Guadarrama, 2004a: 6).

Una de las obras educativas más importantes de Hostos en República Dominicana fue el diseño del concepto de la Escuela Normal (1879), en la que los ideales de libertad y democracia, a través de la formación de ciudadanos conscientes, debería ser parte de una república. El puertorriqueño recurrió a los aportes de ciencias modernas como la Sociología, que afirmaba que el desarrollo de las sociedades es un “todo orgánico, interdependiente, y en continuo desarrollo ascendente regido por las leyes sociales, casi tan inexorables como las leyes que gobiernan la naturaleza” (González, 2007: 6). Las otras ciencias que Hostos tomó como fundamento fueron la Psicología y la Pedagogía que insistían

en la formación de la conciencia y el carácter de las personas desde la infancia de un modo progresivo [...]. Las características de ese sistema cumplían con los requisitos de un plan científico de enseñanza, que el propio Hostos quiso recrear en un método normalista, propio del siglo XIX, que a su vez partía de la geometría y culminaba en los conocimientos de la naturaleza y la sociología, resaltando así el carácter natural de la educación y de su función como órgano para el desarrollo de la misma sociedad (González, 2007: 6).

La propuesta de enseñanza moderna tenía su núcleo en la ciencia positiva, dentro del cual Hostos no se limitó a repetir las ideas de Comte y Spencer, sino que forjó “una lógica social eminentemente moralista en que la objetividad no choca con los juicios valorativos y en que las aspiraciones humanistas no están reñidas con los objetivos de la ciencia” (Méndez, 1989: 39, citado en De la Torre, 2006: 35).⁶ Sin embargo, las ideas del sistema de enseñanza de Hostos no eran originales, pues se apoyaron en el pensamiento de Rousseau a través de Pestalozzi, Froebel y Spencer. Pero la interpretación y las aplicaciones, así como las combinaciones de esas ideas y de los principios que se desprendieron de éstas alcanzaron con él “la originalidad que le prestaron modos de ver propios y personales observaciones de quien, valiéndose del gran depósito de experiencias del pasado y del presente, estudió por sí mismo y reflexionó para encontrar su verdad” (Henríquez Ureña, 2006: 135).

Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña, dos de los principales colaboradores de Hostos, se casaron el 11 de febrero de 1880. El primero continuaba al frente de la Escuela Preparatoria; la poetisa abrió el Instituto para Señoritas en noviembre de 1881, debido a que la inscripción a la Normal era sólo para hombres. La escuela femenil fue la primera institución que impartió educación superior a las mujeres dominicanas con un plan de estudios que tenía “por inquebrantable fin el desenvolvimiento rápido y progresivo de la razón” (Rodríguez, 1960:

⁶ Conforme se arraigó el positivismo en América Latina, desempeñó una función social muy activa, que se plasmó en la práctica educativa. “Muchas reformas que se hicieron en escuelas normales de maestros surgieron de esa visión positivista de la formación del maestro, en la que se estimulaba el culto a la ciencia” (Guadarrama, 2004a: 7).

126). Los esfuerzos de Hostos y sus colaboradores pretendían elevar el nivel educativo de los dominicanos, que no superaba los dos años de escolaridad (González *et al.*, 2013: 56).

El ideal educativo de Hostos se enfrentó con la tradición de la sociedad dominicana que circunscribía los aspectos de la enseñanza a lo doméstico. El modelo del siglo XIX relegaba a las mujeres al ámbito hogareño, donde también desempeñaban una labor educadora. La propuesta positivista de Hostos planteaba la necesidad de la educación formal de las mujeres. La defensa del puertorriqueño de la instrucción femenina encaró a la definición que consideraba a la mujer “como un ente de corazón y no de razón, estandarte de la abnegación, el sentimiento y el ornamento de la vida de los hombres, a quienes estaba subordinada” (Brea, 2007: 12).

Para apuntalar la creación del Instituto de Señoritas, y con el fin de sacudir conciencias respecto de la enseñanza femenina, Hostos escribió en 1881 el artículo “La educación de la mujer”, en el que afirma que la enseñanza formal de las mujeres las haría valer moralmente más que los varones y las prepararía para ser las primeras educadoras de los hombres, como quería la naturaleza; desde la cuna del hombre-niño; “del hombre-adolescente, por el afecto fraternal; del hombre-joven, por la influencia mejorada del afecto virtuoso; del hombre de todas las edades, por el estímulo, el ejemplo y el respeto” (Hostos, 2007: 107). La educación correcta para el desarrollo moral, intelectual y social de la mujer ayudaría al cambio de vida de muchas sociedades jóvenes latinoamericanas, que tendrían una existencia más sana, viril, honrada y concienzuda, con base en la indagación familiar de la verdad buena y bella, en la pasión de las proezas hechas en el mundo por el arte, la ciencia y la virtud. El plan racional de la educación femenina tendría las bases de utilidad práctica y desenvolvimiento teórico; comenzaría a los siete años de edad y concluiría hacia los quince (Hostos, 2007: 109, 114).

Mientras la reforma educativa dominicana se consolidaba, nació el primer hijo de la pareja Henríquez Ureña, el 3 de diciembre de 1882. Como era costumbre, llevó el nombre del progenitor: Francisco, quien era llamado Fran. Salomé Ureña retomó la lira que había guardado desde su matrimonio y escribió el poema “En el nacimiento de mi primogénito”. La nueva madre atendió simultáneamente los deberes docentes y los maternos. La cuna de Fran estuvo siempre cerca de ella en las aulas del Instituto de Señoritas, cuya sede estaba en su casa. Menos de dos años después de haber nacido Fran, vino al mundo Pedro, en 1884, año en que se graduó la primera generación de estudiantes de la Escuela Normal.

Salomé Ureña mantendrá los principios de la religión católica bajo los cuales fue formada para educar a sus hijos, sin llegar a enfrentamientos con su esposo, quien, además de ser científico, era descendiente de judíos sefardíes.⁷ Además, la pareja tomó como base las propuestas educativas de Hostos y la innovación de sus métodos para enseñar a sus hijos

⁷ La asimilación de este grupo de emigrantes a la sociedad dominicana se aceleró por el desorden y el reducido número de integrantes que les impidió mantener una vida religiosa organizada, lo que influyó para que se volvieran

desde la infancia. Sin embargo, Fran, Pedro, y más tarde Maximiliano (Max), nacido en noviembre de 1885, no asistirían a un plantel escolar, sino hasta la adolescencia, continuando con la tradición que se forjó desde la fundación de República Dominicana, que hizo que la cultura —y la educación inicial de los niños— se refugiara en las residencias particulares. La educación de los tres hijos estuvo a cargo de la madre.

En la enseñanza dominicana se fomentaban los valores familiares “y la influencia de la religión católica como valor formativo [...]. La Iglesia y sus más conspicuos exponentes, los que manejaban el verbo y la espada, aquellos hombres purpurados, fueron abiertos opositores al proyecto reformador hostosiano” (Durán, 2010: 17-18). El sacerdote y educador Xavier Billini, director del Colegio San Luis Gonzaga, que servía como iglesia, asilo y escuela, encarnó el antagonismo a los nuevos métodos reformistas. El religioso defendió a la llamada educación clásica, argumentando que la ciencia se aparta de Dios, y que así éste es proscrito de las escuelas. Hostos demostró la virtud de su programa de estudios en la Normal, y Billini retiró sus acusaciones e introdujo un programa con elementos de su rival en su propio colegio (Hoetnik, 1971: 236-237). Poco después, en abril de 1887, el Instituto de Señoritas graduó a sus primeras seis maestras normalistas, con el título otorgado por la Escuela Normal para varones.

Francisco Henríquez y Carvajal intensificó en esta época sus actividades en favor de la educación: impartió cátedra en el Instituto de Señoritas y en los cursos preparatorios de Letras y Ciencias del Instituto Profesional, además, organizó la sociedad Amigos de la Enseñanza y su órgano de difusión, el periódico *El Maestro*, primera publicación pedagógica editada en República Dominicana. Completó también sus estudios superiores: en enero de 1887 obtuvo el título de Licenciado en Medicina y Cirugía, ambos en el Instituto Profesional. Allí mismo, cinco años antes, se había graduado como Licenciado en Derecho, profesión que nunca ejercería.

En ese entonces, Europa era el destino preferido de los dominicanos para profesionalizarse. Henríquez y Carvajal sabía que para viajar se ofrecían becas o favores presidenciales. El monto para la manutención era insuficiente para cubrir los gastos de un estudiante y para sostener a una familia con tres hijos pequeños, hecho que hizo dudar a Henríquez si solicitar la beca o no. Su esposa le propuso completar la cantidad con las cuotas que recibía en el Instituto de Señoritas. Henríquez aceptó el apoyo y en agosto de 1887 se embarcó para Francia a estudiar un doctorado en Medicina en la Universidad de París (Henríquez Ureña, 2016: 30-31). La visita a Europa era, en la tradición humanística-aristocrática, la coronación de la enseñanza y podía utilizarse como estandarte de una posición social, económica o política (Hoetnik, 1971: 267).

visitantes regulares de las iglesias católicas. Su desorganización incluía la educación, por lo cual recurrieron a las instituciones públicas o privadas para instruirse e instruir a sus descendientes (Hoetnik, 1971: 52-53).

Salomé Ureña y Francisco Henríquez y Carvajal, educadores de sus hijos

Mientras Francisco Henríquez y Carvajal llegaba a Francia, en Santo Domingo Salomé Ureña se consagraba a la educación de sus hijos, los tres "Gracos", como los llamaba su padre en relación con "una familia plebeya de la antigua Roma, integrada por Tiberio Sempronio Graco y Cornelia [...]". De sus doce hijos, sólo tres alcanzaron la adolescencia. A la muerte de Tiberio, recayó sobre Cornelia el cuidado de educar a sus hijos, a quienes consideraba 'sus joyas'. Salomé se reconocía en la figura de Cornelia" (Familia Henríquez Ureña, 1996, t. I: 26). Con el afán de que sus hijos no perdieran tiempo en cosas ajenas a su educación, Francisco Henríquez le recomendaba a su esposa actividades y libros, y le enviaba lápices de color para que los niños se ejercitaran en el dibujo y despertaran sus aptitudes para la lectura. En una de sus cartas dijo a la poetisa: "Educarás á tus hijos y los verás ascender por el camino del bien y de la ciencia con paso de triunfadores" (Familia Henríquez Ureña, 1996, t. I: 84).

Los pequeños comenzaron a formarse en su hogar, que seguía siendo sede del Instituto de Señoritas, de cuyas alumnas recibían lecciones ocasionalmente. No les permitían corretear por las calles ni plazas ni tener amistades de ningún tipo. El grupo fraternal comenzó con su educación en un ambiente cerrado en el que pronto destacó Pedro. Fran se rezagaba ante la desesperación de su padre, quien depositó en él la encomienda de ser el guía natural de sus hermanos menores. Salomé Ureña, por su parte, regresaba a la poesía en los momentos en que sus hijos requerían respuestas o argumentos inmediatos. Uno de ellos fue cuando Pedro le preguntó qué era patria al oír el Himno Dominicano escrito por su padrino de confirmación, Emilio Prud'homme. Ureña escribió el poema ¿Qué es Patria? para explicar a su hijo de tres años de edad los anhelos que esa palabra tuvo en ella y las esperanzas que aún le hacía albergar en su corazón. La poesía constituye una respuesta breve y entusiasta, y un ejemplo de una madre que veía en su pequeño la inquietud por conocer.

Los niños fueron forjando su carácter, actitudes y conducta muy cercanos a la religión. Su abuela materna era una devota y su madre no olvidaba rezar diariamente, a las seis de la tarde, el Ángelus con ellos. Pedro Henríquez Ureña nunca escuchó una idea contra la religión y por ese motivo no podía menos que creerse religioso, aunque, según él, no fue presionado para seguir las prácticas católicas (1989: 38). Sin embargo, para su padre las ideas religiosas como el cielo y el infierno eran, más que inútiles, perjudiciales, por lo que sugería que se evitaran en la educación de sus hijos (Familia Henríquez Ureña 1996, t. I: 98). Si bien Francisco Henríquez y Salomé Ureña evitaron ceñir el pensamiento religioso de sus hijos, no se mostraron tan indulgentes respecto de la doctrina filosófica con la que serían instruidos. Uno de los factores ideológicos que intervinieron para que los hermanos no fueran inscritos en la escuela dominicana es que sus padres animaban el positivismo y para ellos "era inadmisibles

enviar a sus hijos al Colegio San Luis Gonzaga, dirigido entonces por el padre Francisco Xavier Billini, quien además de ferviente opositor al positivismo, había sido anexionista. Todo lo contrario de lo que representaba en Santo Domingo el matrimonio Henríquez-Ureña” (Piña-Contreras, 1998: 475).

Desde el inicio, el interés por el estudio se reflejó con mayor intensidad en Pedro. Max, el menor, trataba de imitar lo que éste hacía, en cambio, Fran no daba señales de querer educarse. A pesar de los esfuerzos de la madre, los avances intelectuales de sus hijos fueron dispares. En marzo de 1888, Fran parecía mejorar y trataba de obedecer, en tanto que Pedro, que mostraba pasión por el estudio, pronto aprendió a leer y aventajó también a Fran en los números. Pedro progresó de manera asombrosa y a los cuatro años de edad quería descifrar cada palabra que veía en los rótulos de los edificios. En cuanto a los números, podía leer cualquier cantidad sin equivocarse, del uno hasta el quinientos. Salomé Ureña pedía a su esposo que no se desconsolara porque sólo Fran era desaplicado; confiaba en que su desatención fuera pasajera. Francisco Henríquez celebraba, desde París, los avances de Pedro, pero quería saber también los de Fran. El padre siempre pensó que el mayor sería el matemático, no Pedro (Familia Henríquez Ureña, 1996, t. I: 19 y 127). La apuesta seguía siendo por el primogénito.

Fran tenía la misma facilidad que Pedro para el estudio, pero no le gustaba; tenía mala actitud, “era el peor de los tres y contribuía con sus majaderías a desorganizar a los dos chiquitos” (Familia Henríquez Ureña, 1996: t. I: 170). Salomé Ureña decidió enviar a Fran a París en junio de 1889, para que estuviera al lado de su padre. Así, ella se dedicó a la educación de Pedro y Max. El primero asumió el carácter provisional de hermano mayor y comenzó a “aprender a pensar”. Salomé Ureña no sabía qué había en ese niño de cinco años de edad, al que nadie se había propuesto enseñarle, pero intuía que tenía algo extraordinario: todos sus juegos eran estudios y se había planteado aprender a escribir de la misma manera como aprendió a leer, sin que nadie le enseñara, porque no quería que se le dirigiera. La tarea de su madre sería comenzar a orientarlo para ordenar los conocimientos que había adquirido. Si Fran desconsoló a su padre por no destacar en los estudios, Pedro lo llenaría de satisfacción con sus grandes progresos (Familia Henríquez Ureña, 1996, t. I: 170-171).

La evidencia que tuvo Francisco Henríquez y Carvajal de los adelantos en el aprendizaje de Pedro fue la primera carta que éste le envió a París el 18 de octubre de 1889. El esfuerzo infantil para ayudarlo a desenmarañar la trama del mensaje fue dirigido por su madre. En una hoja doblada en seis pliegues horizontales, el niño escribió poco más de 20 palabras con letras mayúsculas para solicitar materiales y continuar dedicando tiempo a su afición:

PAPA YO QUIERO TIZA DE COLOR I TANBIÉN VERDE I QUIERO QUE VENGAS
 PARA LA NOCHE BUENA QUE EL AÑO QUE VIENE ESTÁ MUI LEJOS
 TU HIJITO
 PIBIN⁸

Poco tiempo después, Pedro Henríquez Ureña le escribió dos cartas más a su padre con muestras de afecto y solicitudes de materiales didácticos. Una de ellas dice:

PAPA MIO YO TE QUIERO MUCHO YO VOI SIENDO BUENO Y RUEGO POR TI
 TODAS LAS NOCHES MANDAME LIBROS BONITOS. YO CONOZCO MUCHOS
 NUMEROS Y SE LEER CANTIDADES
 YO ME ACUERDO DE TI Y BESO TU RETRATO
 TATA TE MANDA UN ABRAZO
 TU HIJITO
 PIBIN⁹

Francisco Henríquez planeó concluir el doctorado a finales de 1889, sin embargo, prolongó su ausencia, por lo que Salomé Ureña comenzó a pensar en el fracaso del proyecto de formar ilustradamente a sus hijos y que vivieran en un hogar pequeño, sin cuidarse del mundo, con su cariño y virtud como única riqueza. En mayo de 1890, escribió a su esposo:

Mis hijos van creciendo como las plantas salvajes. Yo asustada y con la cabeza llena de pensamientos tristísimos, no tengo acierto para dirigirlos, para estudiar sus inclinaciones y encaminarlas convenientemente. Cuánta pena me dan. No tienen distracciones de ningún género, a no ser las que ellos mismos inventan, que son siempre las mismas y hacen monótonos sus juegos. Me llamo criminal, me digo que eso no es ser madre; y sin embargo, no tengo fuerzas para sacudir el sopor que me abrumba y consagrarme a su educación. ¿Cómo ha de ser si vivo esperándote y tú no llegas? ¿Cómo ha de ser si por volar en tu busca me paso las horas con la cabeza entre las manos, y el espíritu lejos, muy lejos de cuanto me rodea? Ya Pibín no sabe leer, ya se le presenta una cantidad algo complicada y no la conoce; ha perdido la espontaneidad que manifestaba por el estudio, y yo no he sabido despertarla y conservarla como era necesario. Ah! tú debieras venir de cualquier modo. Si se hace preciso ir con la calma prescrita últimamente, debes pensar que el hogar te reclama y que no puedes disponer de más tiempo, porque tú no te perteneces (Familia Henríquez Ureña, 1996, t. I: 195).

⁸ AHECM, FPHU, Caja 1, Sobre 25, Foja 3.

⁹ AHECM, FPHU, Caja 1, Sobre 25, Foja 4.

Las respuestas de Francisco Henríquez contenían inculpaciones recíprocas ante la responsabilidad de educar a sus hijos, sin embargo, esto no lograba sofocar el pesimismo de Salomé Ureña, que en septiembre de 1890 volvió a escribirle:

¿Y nuestros hijos? ¿Qué será de ellos? ¡Cuántos sueños de porvenir desvanecidos! Soñábamos para ellos una vida de grandes aspiraciones, soñábamos formarlos hombres instruidos y hasta eminentes para laborar en el bien de la patria y de la civilización; soñábamos dejarles por herencia los grandes ideales del progreso y de la dignidad humana; y no tienen en perspectiva más que la horfandad (sic) con todas sus penalidades abrumadoras, que impiden el desarrollo del espíritu y hacen seres desgraciados de muchas almas nacidas para el bien y la virtud (Familia Henríquez Ureña, 1996, t. I: 197).

Después de cuatro años en Francia, Henríquez y Carvajal regresó a República Dominicana en 1891 con el título de doctor en Medicina. En su ausencia, Ulises Heureaux¹⁰ comenzó a consolidar lo que sería una dictadura. Como parte de las acciones para imponerse políticamente en su país, Heureaux se acercó nuevamente a la Iglesia, lo que trajo consigo un recelo hacia la educación positivista. La influencia del arzobispo Meriño, opositor de las reformas educativas laicas, provocó que Eugenio María de Hostos abandonara el país en diciembre de 1888, después de graduar a la segunda generación de maestras del Instituto de Señoritas.

Tras su llegada a Santo Domingo, Fran se reincorporó a los estudios que Pedro y Max hacían bajo la dirección de sus padres. Sin embargo, Pedro lo aventajó otra vez en conocimientos, habilidad y destreza, y continuó siendo la guía más valorada por Max. En casa de su abuela materna, Pedro encontró un refugio para su precoz afición al estudio. Allí vivían su tía abuela, Ana, quien era una anciana maestra de primeras letras, y su tía Ramona, que lo cuidaba y orientaba. Aunque ésta no escribió para el público, compartió los gustos literarios de su hermana Salomé, leyeron los mismos libros y creyeron en las mismas ideas; además, “tenía el don de los consejos técnicos hijos del buen gusto” (Henríquez Ureña, 1989: 54). La estancia de Pedro y sus hermanos en casa de sus tías era consentida por Francisco Henríquez. Sin embargo, no estaba de acuerdo en que los niños dividieran la influencia moral de sus padres, por lo que pidió a Salomé Ureña que mantuviera a sus hijos más tiempo a su lado, no por egoísmo, sino por una previsión que fundaba en observaciones propias (Familia Henríquez Ureña, 1996, t. I: 98).

A los seis años de edad, Pedro trató de ejercitar a Max en el conocimiento de los números, con lo que demostró una temprana vocación y aptitud para la enseñanza (Henríquez

¹⁰ Ulises Heureaux (1846-1899), militar dominicano que fue presidente de su país por primera vez de 1882 a 1884; en 1887 ocupó por segunda vez la presidencia. Henríquez y Carvajal fue el mentor del hijo de Heureaux en Francia, incluso el viaje de ida lo realizaron juntos.

Ureña, 1969: 11). Dedicó tiempo también a la Historia natural, la Zoología y la Geografía, pero tuvo una propensión hacia la lectura. Comenzó por cuentos de hadas y brujas, tanto leídos como contados por otras personas; siguió con novelas que no fueran extensas. Durante la estancia de Francisco Henríquez en París, Pedro se acercó por primera vez a la literatura clásica occidental de la mano de su madre, que le entregó los resúmenes de algunas obras que el cubano José Martí publicó en *La edad de oro*, periódico mensual dedicado a los niños de América, en el que pretendía decirles cómo estaba hecho el mundo y qué habían hecho los hombres en él (Martí, s.a.: 4). La publicación sólo tuvo ocho números y fue editada en Nueva York en 1889. Ese mismo año, Salomé Ureña se suscribió al periódico y lo ofreció a Pedro como un premio que enviaban a los niños que eran dóciles y obedientes, ya que él tenía un carácter irritable (Familia Henríquez Ureña, 1996, t. I: 168).

El camino que siguió con Max para dedicar sus esfuerzos infantiles a la literatura tuvo el influjo de las funciones teatrales que luego trataban de imitar en su casa. El deseo se frustraba por la falta de actores debida a la soledad en la que vivían. En esta época descubrieron también la biblioteca familiar y eligieron una traducción al español de las obras del dramaturgo inglés William Shakespeare, de la que hicieron adaptaciones breves y en su propio lenguaje. Max y Pedro se aventuraron a escribir una comedia realista cuyos únicos espectadores —ellos mismos—, calificaron como un rotundo éxito que mereció repetirse muchas veces (Henríquez Ureña, 1989: 40-41). Con estos juegos comenzaron los baluceos literarios de los dos hermanos.

Poco después, Salomé Ureña comenzó a mostrar signos de debilidad física. A finales de agosto de 1892, se trasladó a Puerto Plata, al norte de República Dominicana, donde estuvo dos meses acompañada de Pedro y Max. En diciembre de 1893, Salomé Ureña decidió cerrar el Instituto de Señoritas, debido a que ya no podía atenderlo por su delicado estado de salud. La escuela logró graduar a catorce maestras normalistas durante doce años de actividades.

La situación política del país asfixiaba cada vez más a los opositores de Heureaux, quien fuera compadre de Francisco Henríquez, pero que hacia 1892 mostró recelo por el apoyo que éste dio a Eugenio Generoso de Marchena, candidato opositor a su candidatura para la reelección. En su carácter de médico, Henríquez y Carvajal protestó por el trato inhumano que Generoso recibía en la cárcel. Pronto fue tildado de desafecto al gobierno y durante 1893 se le desacreditó, por lo que su clientela disminuyó en Santo Domingo, ciudad que carecía de servicios profesionales de práctica quirúrgica, su área de especialización. El acoso duró un año, en enero de 1894 decidió abandonar el país para refugiarse en Cabo Haitiano. Este exilio duró poco, ya que a principios de abril regresó a República Dominicana para estar al lado de su esposa, quien estuvo al borde de la muerte al dar a luz a su hija Camila mientras sufría una fuerte neumonía.

Después de frecuentes ausencias del padre, la familia Henríquez Ureña se reunió en 1894. La disciplina en el hogar se relajó y Pedro tuvo permiso para visitar a la pareja de un francés y una polaca, cuya hija adolescente, que ya se dedicaba a la literatura, lo dirigió en los recorridos por su enorme casa y los amplios patios que tenían vista al río Ozama (Henríquez Ureña, 1989: 42). En esos días, debido al delicado estado de salud de Salomé Ureña y al cierre del Instituto de Señoritas, la educación de sus hijos varones fue confiada por primera vez a un profesor que asistía a su casa: Francisco Raúl Aybar Delgado, de 19 años de edad, que fue condiscípulo y amigo de infancia de Eugenio Carlos Hostos, hijo del maestro puertorriqueño (Hostos, 1939: 366). Poco antes, los niños habían asistido durante unos meses a clases de Geografía en la Escuela Preparatoria, dirigida por el amigo de su padre, José Pantaleón. Sin embargo, Pedro y Max reconocerían como su primera escuela al Liceo Dominicano, que tenía entre sus profesores al joven Aybar (que les enseñó la gramática según Andrés Bello) y a su tío Federico Henríquez y Carvajal, que impartía Literatura Española.

En ese plantel, Pedro comenzó con los estudios de inglés. La decisión de asistir a un colegio fuera de su casa se tomó porque su fundador, Emilio Prud'homme, estaba muy identificado con sus mayores e informado en el espíritu de la pedagogía reciente, por lo que era más o menos igual que seguir con los estudios en su domicilio (Henríquez Ureña, 1969: 15).

Durante 1895, Henríquez y Carvajal vivió entre Santo Domingo, para asistir médicamente a su esposa, y Cabo Haitiano, donde había establecido un consultorio. En octubre Fran viajó con él, mientras sus hermanos menores asistían al Liceo Dominicano acompañados por algún sirviente, con la intención de evitar un contacto demasiado disolvente con los demás alumnos. Pedro, que estaba poco acostumbrado al trato con otros muchachos, tomó el curso preparatorio para el bachillerato. Durante su estadía de un año y medio fue un alumno distinguido; no recibió molestias de nadie ni hizo grandes amistades (Henríquez Ureña, 1989: 42-43).

Aún en la enfermedad, Salomé Ureña no perdía de vista la objetividad respecto de la educación que ella y su esposo habían planeado dar a sus hijos, pero afirmaba que en Fran tenían mayor esperanza. A finales de 1895 escribió a su primogénito: "¡Pobre hijo mío! qué porvenir tan grande había soñado para ti, para ustedes. Dios protegerá a tu padre para que esas esperanzas no queden enteramente defraudadas" (Familia Henríquez Ureña, 1996, t. I: 224). En este periodo puede ubicarse la ascensión de Fran como la figura viril y de Pedro como el portador de la inteligencia.

La vocación literaria de Pedro Henríquez Ureña

La afición teatral de Pedro Henríquez Ureña se transformó en inquietudes estrictamente literarias en 1896. A los doce años de edad descubrió el poder de la palabra y la magia del

verso en el vigésimo quinto aniversario de la sociedad Amigos del País, con los discursos y poemas de José Joaquín Pérez y Luisa Ozema Pellerano, entre varios más. Aunque Pedro había visto a su madre declamar sus poesías en los festejos del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América ante un público efusivo en Puerto Plata, ahora descubría que ella era una poetisa afamada. Aquí Pedro Henríquez Ureña despunta literariamente con el descubrimiento de la obra poética de su madre y el prestigio que ésta tenía en las letras de su país. Además, comenzó a admirar la presencia de las mujeres en las artes y en la literatura, por lo que sus primeros trabajos se dirigieron hacia la compilación de antologías de poetisas dominicanas y cubanas.

La práctica de la lectura llevó a Pedro a ensayar la escritura de poemas bajo la guía de su madre. Su trabajo señero, el poema *A Josefa A. Perdomo*, fue hecho en Puerto Plata en agosto de 1896. El escrito fue inspirado por la muerte de la poetisa Josefa Antonia Perdomo. En la serie "Baluceos", el joven Pedro reunió otros seis poemas escritos entre 1896 y 1899. En este periodo, además, tradujo el poema "Aquí abajo", del francés René François Armand (Sully Prudhomme). Esta traducción fue el primer trabajo publicado del adolescente en la revista *Letras y Ciencias* (dirigida por su tío Federico Henríquez) del 1º de febrero de 1898, con la firma de Pedro Nicolás F. Henríquez Ureña y la aclaración de que el autor tenía trece años de edad. En esta primera etapa como "escritor", sufrió la pérdida de su madre, quien falleció el 6 de marzo de 1897. No hay duda de que Salomé Ureña tuvo predilección por su segundo hijo, a quien dedicó el poema "Mi Pedro", en el que exalta el amor al estudio que denotaban sus juegos infantiles, en unas estrofas llenas de sentido profético.

La reorganización de la vida familiar incluyó estancias en Cabo Haitiano por la persecución que sufría su padre del gobierno de Heurieux. Estos viajes fueron aprovechados por Pedro para perfeccionar el idioma francés e iniciarse en el estudio del piano. Aquella ciudad extraña interesó mucho a Henríquez Ureña, por "las correctas costumbres de sus habitantes cultos en contraste con el estado salvaje del bajo pueblo que apenas si se viste; el buen gusto y la comodidad en el interior de sus casas, y sus espléndidas quintas de recreo, en contraste con sus calles sucias, sin alumbrado, y cuyo empedrado del siglo XVIII ha deshecho el tiempo, sin que nadie lo reponga" (Henríquez Ureña, 1989: 45). En Haití, el centro de su actividad literaria fue la poesía dominicana y el recuerdo de su madre. En la biblioteca paterna, cuyos libros franceses eran mayoría, se decidió por autores españoles para conocer aspectos generales de la poesía. Los estudios de gramática que consultó le dieron elementos para iniciar una introducción a la historia de la poesía dominicana. A principios de 1898, era un tenaz lector de libros de historia de la civilización, en los que buscaba siempre la historia literaria de los países (Henríquez Ureña, 1989: 50-51).

Además de dedicar tiempo a sus pacientes, Francisco Henríquez impartía lecciones de ciencia a sus hijos en las horas libres. No veía con buenos ojos que Pedro fuera tan retraído

y que su afición exclusiva a la literatura le hiciera descuidar los estudios científicos. La poca aprobación de sus tendencias y el recuerdo de la muerte de personas queridas entristecían a Pedro, quien regresó a Santo Domingo con Fran en febrero de 1898, para continuar con los estudios en el Liceo Dominicano. En el camino a su ciudad natal leyó *Shakespeare*, de Víctor Hugo, poeta francés, muy probablemente en su lengua original. Este libro sobre su dramaturgo inglés favorito lo ayudó a comprobar que la formulación de una destrucción de los cánones seudoclásicos era posible. Elaboró entonces una relación en la que colocó en el lugar más alto de la literatura universal a Shakespeare, seguido de Homero, Job, Isaías, Esquilo y Dante, a quienes leyó en traducciones castellanas. En su pesquisa, incluyó al español Miguel de Cervantes.

Después, Pedro Henríquez Ureña continuó con el estudio de la historia de la poseía dominicana y comenzó a formar su propio estilo con base en una prosa bastante sobria, alejada del influjo de Víctor Hugo, “aunque con la peculiaridad de introducir con frecuencia, en frases que expresan nociones centrales, ideas incidentales de poco interés” (Henríquez Ureña, 1989: 52).¹¹ Contra los deseos de su padre, el joven perdió interés por la ciencia y dejó de ser alumno distinguido del Liceo Dominicano. Sentía aversión por el trato con sus compañeros; su educación retraída no lo equipó para lidiar con las personas, menos aún con sus coetáneos, a los que consideraba bruscos y poco reservados, con restos de semibarbarie. A los quince años de edad, decía, los adolescentes comenzaban a interesarse por las cosas de la vida de los adultos y a presumirse de hombres. Pedro, a quien no le interesaba alardear su hombría, se enamoró por primera vez de una joven llamada Blanca, por quien tuvo un amor infantil, tranquilo y breve. Ella asistía al Instituto de Señoritas que las discípulas de Salomé Ureña habían reabierto con su nombre en enero de 1896.

Entre 1898 y 1899, años de crisis en la adolescencia de Pedro Henríquez Ureña, su producción poética tuvo una inspiración personal y contextualizada a su entorno y a sus lecturas, para ello contó con la guía de su tía Ramona. Después de revisar varias obras sobre costumbres y leyendas aborígenes, escribió *El diluvio*, tradición de la isla de Haití. En memoria del recién fallecido Félix María del Monte, creó *Al autor del primer Himno*; por influencia de Gastón Deligne, redactó *Incendiada*, un pequeño poema descriptivo que fue publicado en la revista *Letras y Ciencias* el 24 de mayo de 1899. Su afición infantil a la poesía creció al pensar, como Sor Juana Inés de la Cruz, que todo el mundo escribía en verso. Sin embargo, su género preferido era el de los “articulitos en prosa” (Henríquez Ureña, 1989: 44 y 53).

El régimen de Heureaux hacía angustiante la situación política en Santo Domingo. El dictador había sumido al país en la miseria. Esto hizo que un grupo de dominicanos planeara derrocarlo y organizaron un asalto revolucionario en junio de 1898 que no tuvo éxito. Sin

¹¹ Este “estilo” lo demuestra en sus primeros trabajos en prosa, en los que se ejercita en el género breve e inmediato de las reseñas o crónicas de espectáculos, que le servirán como base para aproximarse a la crítica literaria y artística con la que se daría a conocer.

embargo, el gobierno de Heureaux quedó pendiente de un hilo. Henríquez y Carvajal, que era aliado y consejero del grupo rebelde, pensaba que la caída del dictador era inminente y que habría enfrentamientos en la capital, por lo que llamó a su lado a Fran y a Pedro, que viajaron a Cabo Haitiano en mayo de 1899. Pedro volvió a trabajar en asuntos literarios y, junto con sus hermanos Max y Camila, reactivaron la Sociedad Siglo Veinte que habían fundado en Puerto Plata en 1896, bajo la mirada maternal de Salomé Ureña y el rigor científico de Francisco Henríquez. El objeto de esa sociedad era dar veladas como las que ofrecía la sociedad Amigos del País en Santo Domingo. La educación de los hermanos continuó con profesores que asistían a su casa y con clases que recibían de su padre.

Tras el asesinato de Ulises Heureaux, el 26 de julio de 1899, República Dominicana estuvo bajo dos presidencias provisionales hasta el 15 de noviembre del mismo año, cuando Juan Isidro Jimenes instaló su gobierno con Francisco Henríquez y Carvajal como ministro de Relaciones Exteriores. La muerte de Heureaux motivó que Pedro Henríquez Ureña escribiera lo que consideró su primer artículo serio, en el que da un breve esbozo de aquella siniestra personalidad (Henríquez Ureña, 1989: 57).¹² A principios de noviembre, Fran, Pedro, Max y Camila regresaron a Santo Domingo con su padre y su madrastra, Natividad Lauransón, la joven que cuidó a su madre durante su enfermedad en Puerto Plata. El matrimonio de Francisco Henríquez, apenas dos años después de la muerte de Salomé Ureña, causó disgusto en Pedro, quien comenzó a tomar distancia respecto de su padre.

En la capital dominicana, Pedro prefirió el trato con personas de aspecto distinto a las que conoció en su infancia. El amor que tuvo por Blanca lo dirigió a Stella, una señorita rubia que tenía una agradable conversación y era de un tipo más fino que su primera novia. No se trataba de un amor, ni se le ocurrió nunca pensarlo. Según Henríquez Ureña, "Stella ejercía fascinación espiritual sobre toda persona de aficiones no vulgares; y todos sus amigos cultos le reconocían valor singular. No es extraño, pues, que yo gustara de entretenerme con ella en largas conversaciones, animadas siempre por los inagotables recursos de su graciosa dialéctica, aunque los motivos fuesen fútiles, como muchas veces lo eran" (1989: 57).

La vida social de Pedro Henríquez Ureña se diversificó en Santo Domingo con la asunción de su padre al gabinete de Jimenes. Él y sus hermanos encontraron amigos y familiares con sus mismas inclinaciones y asistían a reuniones literarias y musicales en clubes donde se reunía la "sociedad elegante", evitando el roce con la incultura ambiente, como Pedro llamaba a quienes no admiraba o no tuvieran sus gustos. Los dos hermanos mayores fueron inscritos por tercera vez en el Liceo Dominicano, que había dejado de ser el centro educativo exclusivamente capitalino, para convertirse en una institución que aceptaba provincianos que "crecían y corrían tras toda malicia" (Henríquez Ureña, 1989: 58).

¹² El artículo permaneció inédito hasta 2013, cuando fue incluido en el segundo tomo de las *Obras completas* (Henríquez Ureña, 2013: 233-234).

El Liceo entró en decadencia porque su director se dedicó a labores políticas hacia 1900, año en que la vida de los Henríquez Ureña se alteró por un incidente violento: la noche del 16 de febrero, en las calles de Santo Domingo, Fran tuvo una pelea con un joven. El contrin-cante murió por las balas del revólver de Fran, que estuvo detenido varios meses y obtuvo su libertad gracias al argumento de legítima defensa que hicieron sus abogados Emilio Prud'homme y Américo Lugo. Después del trágico suceso, Pedro y Fran completaron el bachillerato con ayuda de profesores particulares. Presentaron los exámenes de Letras y de Ciencias en julio y diciembre de ese mismo año, respectivamente. La formación académica de Pedro incluyó la asistencia a algunas clases en la Escuela Normal, dirigida nuevamente por Eugenio María de Hostos, quien había vuelto al país a principios de año por invitación de Francisco Henríquez.

El año de 1900 fue decisivo para el gusto literario de Pedro, quien socializó e intercambió ideas con hombres y mujeres de letras mayores que él. La casa de Leonor y Clementina Feltz, discípulas de su madre, se convirtió en centro de lecturas y de vida intelectual. Ahí conoció, junto con Max, la obra del poeta y dramaturgo noruego Henrik Ibsen. Pedro Henríquez Ureña recordaría este hallazgo casi un lustro más tarde:

Una gran sensación de asombro causó en nosotros la lectura de *Los espectros*, seguida inmediatamente por *Casa de muñecas* y *Hedda Gabbler*: ésta era, en verdad, una revelación de la vida moderna; esta clase de humanidad era la que me parecía conocer, y no me explicaba entonces cómo había quien encontrase raros estos dramas: ¡cuando yo conocía más de una Elena Alving —más de una mujer superior— veía á otras muchas en la situación de Nora, y presumía á las semejantes a Hedda Gabbler! En realidad, yo había tratado casi siempre con gentes de excepción; en mi país, sobre todo, me había tocado conocer á todas las mujeres superiores; ya sabía que había una multitud de gentes vulgares, pues algo me había mostrado la compañía de mis condiscípulos y las gentes que ahora solía tratar y la que veía en reuniones sociales; pero mi mundo, mis gentes eran así, del temple de los personajes de Ibsen: ¿por qué, entonces, se decía que estas escenas y estos tipos sólo se daban en el norte? Ibsen, en suma, fue mi autor [...] (1989: 61-62).

Los hermanos leyeron casi todos libros de Ibsen en francés, releieron a Shakespeare en una traducción castellana y revisaron lecturas clásicas y escritores sobresalientes de la literatura contemporánea, como el uruguayo José Enrique Rodó, el italiano Gabriel D'Annunzio, el novelista ruso León Tolstói y los venezolanos Manuel Díaz Rodríguez y César Zumeta (Henríquez Ureña, 1989: 60-62).

En esta época, Pedro Henríquez Ureña escribió también crónicas teatrales, cuyas reseñas eran publicadas en el periódico oficialista *La Patria* con el seudónimo Bohechío, que rendía

homenaje al más antiguo jefe de La Española,¹³ hermano de Anacaona, a quien Salomé Ureña dedicó un largo poema dramático y narrativo. Practicó el ensayo y continuó con la poesía, tanto composiciones propias como traducciones y paráfrasis. El camino hacia su orientación literaria fue recorrido con Max, acompañados por su padre, su tío Federico Henríquez y Carvajal, Emilio Prud'Homme y Enrique Deschamps, entre otras figuras intelectuales dominicanas. Sin embargo, la guía que sustituyó a su madre fue la de Leonor Feltz, a quien consideraba la mujer más ilustrada de Santo Domingo, y quien lo orientó en sus gustos plenamente modernos, después de estudiar en soledad los modelos del gramático español José Mamerto Gómez Hermosilla. Feltz tenía una sólida cultura científica; le doblaba la edad a Pedro y también la lectura literaria, por lo que, además de interpretar el más elevado gusto moderno de la literatura, le ayudó a corregir sus primeros escritos con una crítica de la forma muy segura y con un análisis psicológico penetrante (Henríquez Ureña, 1989: 62).

Pedro Henríquez Ureña obtuvo su título de bachiller en 1900, año que fue también el más fructífero en lecturas y producción literaria para él en Santo Domingo. Entre los dieciséis y los diecisiete años de edad escribió diez textos, de los cuales publicó ocho, entre reseñas, traducciones de poemas y el que puede ser considerado su primer trabajo crítico: "De poesía (A propósito de una obra)".¹⁴ No obstante, la situación política lo llevaría a abandonar la media isla cuando su padre fue comisionado para negociar la deuda pública que su país heredó del gobierno de Heurax ante Estados Unidos y Europa. Con la idea de que las andanzas transoceánicas ayudan a desarrollar la mente y el espíritu de manera integral, Francisco Henríquez y Carvajal decidió que Fran y Pedro viajaran con él a Nueva York y estudiaran ahí. El traslado entusiasmó al joven y hasta se mostró contento, algo poco usual. El 2 de febrero de 1901, Pedro desembarcó en territorio estadounidense para comenzar una nueva etapa en una civilización que su padre consideraba superior. No regresaría a República Dominicana, donde obtuvo las bases de su formación intelectual, sino en un par de ocasiones y por breves periodos.

Conclusiones

El estudio de la formación de Pedro Henríquez Ureña en la República Dominicana de finales del siglo XIX deja ver procesos políticos, sociales y educativos que se presentaron en muchos países de América Latina en esa época. Sin embargo, las particularidades son las que acercan

¹³ La Española fue el nombre que Cristóbal Colón dio al primer territorio de América ocupado por los españoles, correspondiente a la isla que comparten República Dominicana y Haití.

¹⁴ Este trabajo fue publicado en una revista de Santo Domingo el 1º de diciembre de 1901. Puede consultarse en el tomo 2 de sus *Obras completas* (Henríquez Ureña, 2013: 235-236).

al detalle de la personalidad, que comenzó a forjarse en quien sería considerado uno de los más grandes intelectuales de la América hispánica. Una de aquéllas, quizá la más común de encontrar en análisis de este tipo, es la pertenencia a una familia ilustrada como principal factor para la estimulación temprana hacia el estudio, las artes, el humanismo y la docencia. Aquí se ha visto que los padres de Pedro Henríquez Ureña buscaban, para él y para sus hermanos, la mejor educación que pudieran tener en Santo Domingo.

En este trabajo se ha mostrado que, además de lo anterior, otros elementos intervinieron para que Pedro Henríquez Ureña decidiera desafiar los deseos de su padre para dedicarse al estudio de la ciencia y preferir el de las letras. Entre ellos el entorno, que cumple un papel fundamental, pues, como indica José Ingenieros, conforme las personas crecen, el medio se hace más determinante en su educación. La sociedad va transmitiendo hábitos que los menores organizan a través de la imitación, con lo que se produce la personalidad social; en cambio, la imaginación produce las variaciones individuales (2017: 48).

El entorno al que aquí se alude es también privilegiado, pues el hogar de Pedro Henríquez Ureña era centro de reunión de personalidades de la cultura caribeña, como Eugenio María de Hostos, Federico Henríquez y Carvajal, Américo Lugo, Emilio Prud'Homme y muchos intelectuales más. La imitación de Henríquez Ureña no era sólo de estas figuras, sino de los autores y personajes que leía. Aunque en sus primeras lecturas hubo clásicos, pronto encontró la guía que lo condujo a los escritores y géneros modernos, con lo que aventajó no sólo a los jóvenes de su edad, sino incluso a hombres y mujeres de letras de generaciones anteriores.

Por otro lado, en la mayoría de los estudios sobre Pedro Henríquez Ureña se pone de relieve el influjo de su madre en la vena literaria, asunto que es indiscutible al ser ella quien dirigió sus primeras lecturas y primeros ejercicios de escritura, de quien tomó el ejemplo poético y cuyo recuerdo era frecuente. Sin embargo, este análisis ha permitido develar, de manera más profunda, el importante papel que tuvo Francisco Henríquez y Carvajal en la educación, no sólo de Pedro, sino de todos sus hijos. Baste con revisar el epistolario de su familia para darse cuenta de lo crucial que era para él que no perdieran tiempo para educarse, que fueran dedicados, que no descuidaran ningún área del conocimiento, que obtuvieran una formación integral. Si Pedro Henríquez Ureña heredó de su madre la influencia poética, de su padre obtuvo el rigor. La importancia del conocimiento científico para la formación de los dominicanos, en unión con los estudios humanísticos, es tal para Henríquez y Carvajal, que señala que con ambos se formará "una juventud capaz de restaurar la Patria en todos sus males" (1960: 43). Prueba de ello es la decisión de que Pedro y Fran concluyeran el bachillerato en Letras y Ciencias, y después partieran hacia el mundo "civilizado", con el deseo de que se profesionalizaran para colaborar con el adelantamiento de su país.

Fuentes

Archivos

- AHECM Archivo Histórico de El Colegio de México, Ciudad de México.
 FPHU Fondo Pedro Henríquez Ureña.

Bibliohemerografía

- Bazant, Milada (2013), "Introducción. La *sublime experiencia histórica* de la biografía", en *Biografía. Mé-todos, metodologías y enfoques*, El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, pp. 17-38.
- Brea del Castillo, Ramonina (2007), "Presentación", en Eugenio María de Hostos, *La educación científica de la mujer*, Archivo General de la Nación, Santo Domingo, pp. 9-43.
- Durán, Carmen (2010), *Historia e ideología: mujeres dominicanas, 1880-1950*, Archivo General de la Nación, República Dominicana.
- Familia Henríquez Ureña (1996), *Epistolario*, 2 ts. Edición, notas, diseño e índices de Arístides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Santo Domingo.
- González, Nurys del Carmen (2004), "Análisis situacional de las instituciones de educación superior que forman docentes en República Dominicana", Secretaría de Estado de Educación Superior, Ciencia y Tecnología-Instituto Internacional para la Educación Superior en América Latina y el Caribe/Unesco, documento pdf disponible en: <https://www.oei.es/historico/docentes/info_pais/informe_formacion_docente_dominicana_iesalc.pdf> (fecha de consulta: 1/02/2017).
- González, Raymundo (2007), "Introducción", en *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana*, t. I, Academia Dominicana de la Historia-Archivo General de la Nación, Santo Domingo, pp. 1-33.
- González, Sarah y otros (2013), "Informe de formación inicial y continua de profesores de matemática: República Dominicana", *Cuadernos de Investigación y Formación en Educación Matemática*, año 8, núm. especial, noviembre, Costa Rica, pp. 51-87.
- Guadarrama González, Pablo (2004a), "Hostos y el positivismo sui géneris latinoamericano", *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, vol. 6, núm. 6: 209-234, documento pdf disponible en: <<http://www.redalyc.org/pdf/869/86900612.pdf>> (fecha de consulta: 4/02/2017).
- _____ (2004b), *Positivismo y antipositivismo en América Latina*, Ciencias Sociales, La Habana.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1990), *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*, University of Maryland, College Park.
- Henríquez Ureña, Camila (2006), *Las ideas pedagógicas de Hostos*, Cielo Naranja, Santo Domingo, documento pdf disponible en: <<http://www.cielonaranja.com/hostoscamila.pdf>> (fecha de consulta: 7/02/2017).
- Henríquez Ureña, Max (2016), *Mi padre. Perfil biográfico de Francisco Henríquez y Carvajal*, Miguel D. Mena, ed., Cielo Naranja, Santo Domingo [1988].
- _____ (1969), "Prólogo. Hermano y maestro (Recuerdos de infancia y juventud)", en Pedro Henríquez Ureña, *Universidad y educación*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 10-41.
- _____ (1965), *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Librería Dominicana, Santo Domingo.
- Henríquez Ureña, Pedro (2015), "Dos momentos en la historia cultural de Santo Domingo", en *Obras completas (1941-1946)*, t. 14, *Historia y Literatura*, compilador y editor Miguel D. Mena, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 55-69.
- _____ (2013), *Obras completas (1899-1910)*, t. 2, *Ensayos críticos: horas de estudio*, compilador y editor Miguel D. Mena, Editora Nacional, Santo Domingo.
- _____ (1989), *Memorias. Diario*, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires.
- _____ (1960), *Obra crítica*, Fondo de Cultura Económica, México.

- _____ (1898), "Aquí abajo", *Letras y Ciencias. Revista periódica quincenal*, año VII, núm. 138, 1º febrero, p. 206.
- Henríquez y Carvajal, Federico (1970), "Lecciones de Historia de la enseñanza nacional", *Clío. Órgano de la Academia Dominicana de la Historia*, núm. 125: 13-49.
- Henríquez y Carvajal, Francisco (1960), "Salomé Ureña en 1878", en Emilio Rodríguez Demorizi, *Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas*, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, pp. 39-43.
- Hoetnik, Harry (1971), *El pueblo dominicano: 1850-1900. Apuntes para su sociología histórica*, Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago, República Dominicana.
- Hostos, Eugenio María de (2007), *La educación científica de la mujer*, Presentación y compilación de Ramonina Brea del Castillo, Archivo General de la Nación, Santo Domingo.
- _____ (1939), *Obras completas*, vol. 3, Páginas íntimas, Cultural S.A., La Habana.
- Ingenieros, José (2017), *El hombre mediocre*, Editores Mexicanos Unidos, México.
- Inoa, Orlando (2010), "La sociedad dominicana a finales del siglo xix", en *Historia de la República Dominicana*, vol. 2, Doce Calles-Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, pp. 263-294.
- Martí, José (s.a.), "La Edad de Oro", en *Portal José Martí*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, documentos varios html disponibles en: <<http://www.josemarti.cu/obras-escogidas/?cPublicacion=la-edad-de-oro&cPublicacionId=14>> (fecha de consulta: 13/10/2015).
- Piña-Contreras, Guillermo (1998), "El universo familiar", en *Ensayos*, ALLCA, México, pp. 455-494.
- Quintanilla, Susana (1999), "El Ateneo de la Juventud. Itinerario de una generación intelectual", en *Encuentros de Investigación Educativa 95-98*, Departamento de Investigaciones Educativas, México, pp. 149-195.
- _____ (1991), "La formación de los intelectuales del Ateneo", *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 26 (abril-septiembre): 89-102.
- Rodríguez Demorizi, Emilio (1960), *Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas*, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo.
- Rodríguez Demorizi, Silveira R. de (1984), *Salomé Ureña de Henríquez*, Taller, República Dominicana.
- Schulze, Winfried (2005), "Sobre el significado de los egodocumentos para la investigación de la Edad Moderna", *Cultura Escrita y Sociedad*, núm. 1: 110-113.
- Torre Molina, Carolina de la (2006), "El pensamiento psicológico de Eugenio María de Hostos", *Revista Puertorriqueña de Psicología*, vol. 17, pp. 27-41, documento pdf disponible en: <<http://www.redalyc.org/pdf/2332/233222863004.pdf>> (fecha de consulta: 4/02/2017).

DANIEL MENDOZA BOLAÑOS es estudiante del Doctorado en Ciencias, con especialidad en Investigación Educativa en el Departamento de Investigaciones Educativas del Centro de Investigación y de Estudios Avanzados (Cinvestav) del Instituto Politécnico Nacional. Su línea de investigación es la formación de los intelectuales y las instituciones de cultura y educación en México en el siglo xx. Ha publicado "Pedro Henríquez Ureña. El hermano definidor", *Estudios. Filosofía, Historia, Letras*, núm. 111 (invierno de 2014) (Instituto Tecnológico Autónomo de México): 151-156; así como "Nueva obra completa de Pedro Henríquez Ureña", *País cultural*, segunda época, año X, núm. 1 (marzo de 2017) (Ministerio de Cultura de República Dominicana).

Recibido: 7 de abril de 2017

Aceptado: 4 de abril de 2018